

Nuestro cuerpo en la victoria de Cristo

Retiro Sábado Santo 2024
Parroquia de la Santa Cruz. Ñuñoa

Diác. Jaime Coiro

Reflexión

El primer texto bíblico de la Vigilia Pascual de esta noche corresponde al poema del Génesis, que es la metáfora con que la tradición judía quiso significar la creación del universo. En él se lee: “Dios creó al hombre a su imagen; lo creó a imagen de Dios, los creó varón y mujer” (Gn 1, 27) Dios miró todo lo que había hecho, y vio que era muy bueno” (Gn 1, 31).

El ser humano fue amado, señalado, pensado y creado por Dios como un ser de bondad, verdad y belleza. Dice un poema musicalizado del siervo de Dios Esteban Gumucio: “Porque con tus ojos suscitas lo bueno, porque miras siempre mi mejor anhelo”.

Con los aportes de la ciencia a nuestro conocimiento del universo, hoy bien podríamos decir que en el principio Dios amó todo lo que creó, aquello que creó y la evolución natural de su obra creada. Al dar origen a la primera materia, Dios amó al hombre y la mujer, y les configuró iguales en dignidad; les dotó de una integridad biológica, psicológica, espiritual, social y cultural; les creó como seres únicos, distintos, irrepetibles, sagrados y libres.

Nada humano ha sido ajeno a Dios. Mal podría nuestro Creador que, con amor nos creó, poner una trampa en la constitución misma de sus criaturas. Mal podría nuestro cuerpo albergar dispositivos letales. ¿Qué padre/madre ofrecería una piedra o una serpiente o un hijo con hambre? (Mt 7, 9-11) ¿Qué padre nos instalaría bombas de muerte? Dios no somete a su creación a pruebas como las enfermedades. Nuestro Dios es un Padre, no un tirano. La humanidad somos su obra amada, no un teatro de títeres para su arbitrio. ¿Acaso Cristo alguna vez nos mostró a su Padre como un torturador que se goza en repartir desgracias y dolores entre sus hijos?

La historia de la salvación y la historia de la humanidad han mostrado los persistentes intentos del demonio por separar lo que Dios unió, y así llevarnos a comprender el cuerpo y el alma como enemigos, el cuerpo como una fuente de mal, la enfermedad y la muerte como consecuencia del pecado.

La cosmovisión dualista que comprende la realidad en una dicotomía blanco/negro, sin posibilidad de grises, nos impide abrirnos a una completa verdad, a un universal bien y a una perfecta bondad. Esto ocurre cuando se simplifica la realidad en el mundo de las historietas, teleseries y también de las noticias, en que separamos a buenos de malos, o

cuando se oponen forzosamente el cuerpo al alma, el inconsciente a la conciencia, o se valora a las personas según su sexo o género, origen étnico, su país o lugar de nacimiento, el apellido de los padres, el colegio en que estudiaron, si están sanas o enfermas.

Si la pasión de Cristo se explicara desde una cosmovisión dualista, Cristo habría muerto solo y olvidado, nunca habrían sido perdonados sus verdugos ni sus amigos que le abandonaron. Sus seguidores, derrotados, habrían buscado otro nuevo líder o mejores causas. Dios, que todo lo conoce en dimensiones que sobrepasan nuestra intuición, no puede reducirse a este dualismo. Por eso su amor todo lo cubre y alcanza, más allá de lo que sospechamos. Su amor une lo que nuestra débil razón separa.

¿Qué somos, entonces, nosotros, criaturas humanas?

Ante todo, **somos sus amados**. Porque por amor nos creó. Dios nos amó primero y desde siempre, antes de existir como especie humana; Dios nos ama hoy, en nuestra contingencia inmediata, histórica, actual; y Dios nos amará mañana, hasta la consumación de los tiempos.

Estos seres amados de Dios somos, por cierto, un complejo todo ante el cual dos mil años de ciencia no terminan de maravillarse: un sistema biológico integrado, una psique que nos permite desplegar la inteligencia y la voluntad, un espíritu que nos abre a la trascendencia y la fe. Todo eso somos. No una sola parte de ello. Nadie es pura hormona, o pura idea, o pura mística. **Somos carne, psique y alma, obra amorosa de Dios.**

Ha borrado con su sangre la condena del pecado

En la metáfora del Paraíso, nuestro primer padre y nuestra primera madre viven libremente su totalidad humana en la misión de amor que les ha sido confiada (Gn 2, 25). Fue la astucia del demonio la que introdujo el pudor y la desconfianza hacia una desnudez que antes era pura (Gn 3, 1-24). Con el pudor vinieron la vergüenza, la envidia, la ambición y la rebeldía. Pero nuestro creador es verdaderamente un Padre que nos ama, y para liberarnos de la esclavitud de ese pecado nos ha dado a su hijo. Esta noche cantaremos en el Pregón Pascual, refiriéndonos a Cristo: “Porque Él ha pagado por nosotros al eterno Padre la deuda de Adán, y ha borrado con su sangre inmaculada la condena del antiguo pecado”. Y también rezaremos: ¡Oh feliz la culpa que mereció tal Redentor!”. En efecto, Cristo vino a pagar la antigua deuda. Es decir, a devolver el sentido de pureza a la totalidad que somos el hombre y la mujer, llamados por Dios a la comunión de amor. Dice en otro poema el tata Esteban Gumucio: “y lo que el barro manchaba / tus ojos lo hicieran puro”.

En los evangelios que leemos en estos días santos, Jesús nos regala, desde la experiencia de su cuerpo, la posibilidad de descubrimos nosotros como parte de su completa humanidad. Que el Señor no haya compartido el pecado humano, no significa que se haya eximido de su humana realidad corporal. La composición química de su cuerpo no era distinta de la nuestra. Si bien no aparece en la Biblia la cotidianeidad de Jesús, nada nos impide intuirlo: dolores e incomodidades desde la infancia, cólicos, estreñimientos, picazón con el salir de dientes... Cuántas infecciones habrá tenido Jesús, con noches de fiebre e insomnio. Cuántos tropiezos y accidentes, cuantas picaduras de bichos... Pero también cuánto gozo habrá experimentado en su cuerpo... Cuántas veces habrá disfrutado el calor o el frío reparadores en su rostro y cuerpo. El placer de satisfacer el hambre y la sed con la familia y los amigos. Su piel acariciada por sus padres, los abrazos de sus amigos, sus manos buscadas por sus seguidores, su sudor del cansancio.

“Ella ungió mi cuerpo”

Comienza relatando la Pasión según Marcos que leímos el Domingo de Ramos: “Cuando Jesús estaba en Betania, comiendo en casa de Simón el leproso, llegó una mujer con un frasco lleno de un valioso perfume de nardo puro, y rompiendo el frasco, derramó el perfume sobre la cabeza de Jesús” (Mc 14,3). A Jesús no le gustó que criticaran a la mujer por derrochar perfume. Él dijo: “Déjenla, ¿por qué la molestan? Ha hecho una buena obra conmigo (...) Ella hizo lo que podía; ungió mi cuerpo anticipadamente para la sepultura. Les aseguro que allí donde se proclame la Buena Noticia, en todo el mundo, se contará también en su memoria lo que ella hizo” (Mc 14, 6-9). ¿Por qué es tan importante para Jesús este gesto de la mujer que lo ungió con perfume? Era su cuerpo, sagrado por compartir nuestra humanidad. Nuestro cuerpo, como el suyo, es un templo sagrado.

Cuando estaban cenando en la Última Cena, contra toda costumbre de la época, el Maestro “se levantó de la mesa, se sacó el manto y tomando una toalla se la ató a la cintura. Luego echó agua en un recipiente y empezó a lavar los pies a los discípulos y a secárselos con la toalla que tenía en la cintura” (Jn 13, 1-20). Se dispone, se agacha, se levanta, se mueve, todo para servir a los demás con la totalidad de su cuerpo.

Mientras comían, “Jesús tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y lo dio a sus discípulos, diciendo: ‘Tomen, esto es mi Cuerpo’. Después tomó una copa, dio gracias y se la entregó, y todos bebieron de ella. Y les dijo: ‘Esta es mi Sangre, la Sangre de la Alianza, que se derrama por muchos’” (Mc 14, 22-25). No dijo “esto es mi espíritu” o “esto es mi alma”; dijo “esto es mi Cuerpo, esta es mi Sangre”. No se refería a la Iglesia, sino a la materia orgánica de su corporalidad. Cuando tomaba el pan, refería a la totalidad de su ser, visiblemente representado en aquello que sus amigos veían y tocaban: su cuerpo.

Apenas Judas llegó, se le acercó y le dijo: “Maestro”. Y lo besó. (Mc 14,44) No lo indicó desde lo lejos sino que se acercó a estrechar su rostro y le dio un beso. Una expresión de afecto era el signo de la traición. La mejilla de Jesús que recibió tantos besos de amor recibió esa noche un beso agri dulce. Horas más tarde recibiría otros dolores.

Entonces, los soldados y los guardias judíos se apoderaron de Jesús y lo ataron (Jn 18, 12). El cuerpo de Jesús, el que caminaba, tocaba, curaba, el que partía el pan, el que botaba las mesas de comercio en el templo, ese cuerpo fue amarrado con sogas.

El joven con la sábana que escapó desnudo

Los evangelistas se detienen en un detalle corporal, la oreja derecha del servidor del Sumo Sacerdote (Mc 14, 47), cortada por Pedro o por otro de los que acompañaban a Jesús, en sus escasas muestras de valentía. Pero hay otro pasaje en la pasión según Marcos en que quisiera detenerme. Dice: “Entonces todos lo abandonaron y huyeron. Lo seguía un joven, envuelto solamente con una sábana, y lo sujetaron; pero él, dejando la sábana, se escapó desnudo” (Mc 14,51). Muchas personas se han esmerado en averiguar de qué se trata este pasaje, que sólo aparece en Marcos. ¿Quién era este joven tapado por una sábana, que al ser sujetado soltó la sábana y escapó sin ropa?. Algunos dicen que era Judas, otros que Juan, muchos dicen que era el mismo Marcos en un relato autobiográfico anónimo. También se indica que esto se escribió en alusión a la profecía de Amós: “Aquel día, hasta el valiente más bravo huirá desnudo” (Am 2,16).

Una explicación simbólica también nos ofrece pistas. Este joven desnudo sería una aparición anticipada de Jesús resucitado. En primer lugar, la expresión “joven” sólo vuelve a usarse en la mañana del Domingo cuando se aparece un “joven” a las mujeres que van al sepulcro y les anuncia la noticia de la resurrección (Mc 16,5). Para algunos estudiosos, la sábana de lino que deja el joven esa noche es la misma que compró José de Arimatea para envolver a Jesús, sábana santa que hoy es prueba viva de su crucifixión. Marcos habría querido contarnos que así como el muchacho escapó de la muerte dejando la sábana, también Jesús venció el sepulcro dejándonos su envoltura. También podríamos intuir que ese joven envuelto solo con una sábana es el mismo Adán cubriendo sus genitales con una hoja de árbol. Ese joven es la humanidad preparándose para el día de Gloria en que Cristo nos devuelve la posibilidad de comprender nuestro cuerpo desnudo sin vergüenza ni pudor.

Un cuerpo desfigurado por el odio

Los relatos de la Pasión nos detallan lo que fue viviendo el cuerpo de Jesús ese día de juicio: lo escupieron, le tapaban el rostro y lo golpeaban, le daban bofetadas. A Jesús le duele y lo reprocha por injusto: “Sí he hablado mal, muestra en qué ha sido; pero si he

hablado bien, ¿por qué me pegas?” (Jn 18, 23). El propio Pilato tomó a Jesús y lo azotó. Enseguida los soldados romanos tejieron una corona de espinas y se la pusieron sobre la cabeza. Lo revistieron con un manto púrpura, y se burlaban de Él diciendo “¡Salud, rey de los judíos!” (Jn 19, 1-4). Así revestido y coronado de espinas, Pilato lo saca frente a la multitud y lo presenta: “¡Aquí tienen al hombre!” (Jn 19, 5) ([Ver Retiro de Viernes Santo](#)).

Con una caña le golpearon la cabeza, le siguieron escupiendo. Le sacaron el manto, le pusieron su ropa y lo sacaron para crucificarlo (Mc 14, 19-20). Sobre su cuerpo cargaron la cruz, tan pesada que varias veces cayó y debió ser ayudado por un transeúnte. Recorrió entre 600 y 900 metros hasta el lugar de la crucifixión.

Crucificado semidesnudo, su ropa es repartida y su túnica sorteada (Jn 19, 23-24). Las palabras no resultan suficientes para dar cuenta de la agonía. El cuerpo de Jesús se apaga y se extingue. Según Marcos, expira dando un gran grito (Mc 15, 37). Según Juan, entrega el espíritu inclinando su cabeza (Jn 19,30). Ya sin vida, el cuerpo muerto de Jesús sigue en el centro de los relatos: no le quebraron las piernas, sino que uno de los soldados le atravesó el costado con la lanza, y en seguida brotó sangre y agua (Jn 19, 32-37).

El cuerpo se lo llevó José de Arimatea, acompañado por Nicodemo. Tomaron el cuerpo y lo envolvieron en una sábana según Marcos, con vendas según Juan, agregándole la mezcla de perfumes de mirra y áloe. Lo pusieron en una tumba nueva, en una huerta que había en el lugar donde lo crucificaron. Marcos anota que cubrieron el sepulcro con una piedra, y que dos mujeres, María Magdalena y María, la madre de José, miraban dónde lo habían puesto (Cf. Mc 15, 42-27; Jn 19, 38-42).

Cuerpo glorioso resucitado que sube al cielo y volverá

Después de la resurrección, según el relato de Lucas, Jesús (el cuerpo de Jesús) caminó unos 11 km con los discípulos de Emaús hasta su aldea, sin que estos lo reconocieran. Tras entrar en su casa, estando a la mesa, tomó el pan, hizo la bendición, lo partió y se los dio. Los discípulos después decían: “¿No ardía acaso nuestro corazón, mientras nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras?” (Cf. Lc 24, 13-35).

Luego se apareció a los once discípulos que quedaron sobresaltados. Por eso les dijo: “No tengan miedo, soy Yo, miren mis manos y mis pies. Soy Yo en persona. Tóquenme y dense cuenta de que un espíritu no tiene carne y huesos, como ven que Yo tengo»” (Lc 24,39). Como no salían de su estupor, les preguntó “Tienen por ahí algo de comer?” (Lc 24,40) Según relata Juan, Jesús dijo a Tomás: «Trae tu dedo, aquí tienes mis manos; trae tu mano y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente» (Jn 20,27).

40 días después de la resurrección, el cuerpo de Jesús subió al cielo. Los hombres vestidos de blanco dijeron a los once: “Galileos, ¿qué hacen ahí plantados mirando al cielo? El mismo Jesús que les ha dejado para subir al cielo, volverá como le han visto marcharse” (Hch 1,11). Junto a la Iglesia nuestra fe profesa que la humanidad volverá a ver el cuerpo del Señor.

Estas narraciones bíblicas sobre el cuerpo de Jesús y sobre otros cuerpos mencionados en los evangelios nos permiten adentrarnos en un componente de la obra redentora de Cristo: la re-situación del cuerpo humano en el orden natural del bien, la verdad y la belleza que el Creador puso en el hombre y la mujer creados.

Nuestro cuerpo no es un peso, ni una carga ni un tormento. Es un templo del espíritu, sí, pero no es un mero envase. Nuestro cuerpo es la vía regia para relacionarnos. Somos seres corporales los que conformamos la comunidad, la sociedad. **No solo tenemos un cuerpo: somos nuestro cuerpo.**

La sociedad ha venido aprendiendo a conocer el cuerpo humano. Una vida sana, con la ayuda de la ciencia, nos ayuda a cuidarlo sin endiosarlo. Unos valores claros nos permiten, además, respetar nuestros cuerpos y los cuerpos de los demás. Todo cuerpo humano es puro y bello desde el plan amoroso de Dios. Sabemos que el espíritu del mal siempre suscitará lo pecaminoso, para que el cuerpo sea considerado como objeto de consumo o mercancía, y buscará ojos que miren el cuerpo propio y ajeno sin bondad (Mt 15, 11).

Amar sin el cuerpo no es amar. Sonríes con tu cuerpo, acaricias y te dejas acariciar con él. Nuestros sentidos nos permiten descubrir: viendo, escuchando, oliendo, degustando el sabor, percibiendo el tacto. Ese cabello suavcito de un bebé, esa mano arrugadita del abuelo, esa piel oscurecida por el sol del campo, la musculatura del deportista que se prepara a competir, el pequeño dolor en la articulación, el escalofrío del joven enamorado, los síntomas corporales del estrés laboral, el deseo y el placer de las personas adultas y libres que se aman. Todo ello nos dice de una realidad amada por Dios.

¿Hay que evangelizar las almas? No solo las almas. Hoy, ante todo es tiempo de evangelizar los cuerpos. Tenemos que sincerar nuestra corporeidad y nuestra sexualidad, situando a la intimidad como terreno sagrado que es. Nuestro cuerpo es la fuente del amor, del servicio y de la apertura a Dios. Cristo lo ha resituado en su lugar.

Preguntas para la reflexión:

- ¿Cómo te sientes con tu cuerpo? ¿Lo amas, lo cuidas, lo valoras?
- ¿Qué descubres del amor de Dios en tu cuerpo y en tu modo de relacionarte con otras personas?